

Alejandrina Benítez de Gautier, que no sólo es la más antigua poetisa puerto-riqueña, sino que figuró en el primitivo grupo literario de 1843. Sus versos á la *Estatua de Colón en Cárdenas* y al *Cable submarino*, son robustos y grandilocuentes; pero en otros más íntimos como *Mi pensamiento y yo*, y *El paseo solitario*, se revela mejor su noble personalidad lírica (1).

Un año antes que Gautier Benítez nació, y un año después murió, un poeta de Manatí, llamado Francisco Alvarez (1847-1881), cuyos versos póstumos fueron coleccionados por devoción de algunos amigos. Las poesías de Alvarez son muy incorrectas, como de quien no había recibido más educación que la elemental y la que pudo adquirir en vagas lecturas: el fondo es melancólico y algo pesimista, por lo cual se le ha comparado con Becquer, y aun con Bartrina; pero su melancolía no ha de achacarse á imitación literaria, puesto que fué sincera como de quien, víctima de pertinaz é incurable dolencia, sentía acercarse á cada momento la inevitable muerte. La *Meditación Nocturna* basta para caracterizarle, y es, sin duda, su mejor poesía (2).

Aun restán otros nombres: D. José María Monje, correcto y frigidísimo imitador de nuestros clásicos del siglo pasado, especialmente de Moratín y Jovellanos; D. Manuel Corchado, que se dió á conocer en un concurso de 1862, por su valiente oda al pintor Campeche;

(1) Véase el estudio de D. José J. Acosta, *Alejandrina Benítez y Arce de Gautier*. Puerto Rico, 1886.

(2) *Obras Literarias de Francisco Alvarez*. Puerto Rico, imp. de González, 1881. Con un prólogo de D. Manuel Fernández Juncos. Contiene, además de las poesías líricas, tres *pequeños poemas* y un drama en dos actos, representado en Manatí en 1881.

y partidario luego de los delirios espiritistas, publicó *Historias de Ultra-Tumba* (1872) y una especie de romancero de la segunda guerra civil que llamó *Páginas sangrientas* (1875) (1); Carmen Hernández, poetisa que disputó el lauro á Corchado, con versos de sabor clásico, en el certamen de Campeche; y otros muchos que no citamos, para no convertir este trabajo en árida nomenclatura. Sólo haremos una excepción en pro del malogrado joven Manuel Elizaburu y Vizcarrondo, cuyo nombre no figura en las antologías puerto-riqueñas, aunque lo merece mucho más que otros. Apenas conozco versos suyos originales, pero dejó muy lindas traducciones de poetas franceses modernos, especialmente de Teófilo Gautier (el *Madrigal panteísta*, la *Sinfonía en blanco mayor*, *Lo que dicen las golondrinas*, *La nube*, *Tristeza en el mar*, *La Rosa-té*). Y quien conozca el extraño y sutil artificio de los versos originales, no dejará de dar á estos es-

(1) *Corona Poética dedicada al Maestro José Campeche, pintor puerto-riqueño*. Puerto Rico, imp. del Boletín Mercantil, 1863. Además de la poesía de Corchado, que fué la premiada en este certamen, abierto por la Sociedad Económica de Amigos del País, figuran en el cuaderno otras de Carmen Hernández, Alejandrina Benítez, Heraclio M. de la Guardia (venezolano), Juan Francisco Comas, José Coll y Britapaja, Ramón Marín y Federico Rosado y Brincau. *Historias de Ultra-Tumba. Por Manuel Corchado*. Madrid, imp. de J. M. Alcántara, 1872.—*Páginas sangrientas. Colección de romances escritos sobre episodios de la guerra civil, por Alejandro Benisia y Manuel Corchado*. Madrid, imp. de J. Aguado, 1875.—*El Trabajo*, poesía (1878). Publicó, además, algunos folletos sobre cuestiones políticas, sociales y religiosas: *Las Barricadas* (Barcelona, 1870), *La pena de muerte* (Barcelona, 1871), *La pena de muerte y la prueba de indicios* (Madrid, 1877), *Dios*, réplica á Súñer y Capdevila. Colaboró en la *Revista de Estudios Psicológicos* y en otros papeles espiritistas. Para el teatro escribió *María Antonieta, cuadro dramático original y en verso*, estrenado en Puerto Rico en 1880. Fué diputado á Cortes por su isla, y murió en Madrid en 30 de Noviembre de 1884. Al año siguiente se publicó en Ponce una *Corona Poética* á su memoria, y además se imprimieron sueltas otras composiciones elegíaco-laudatorias.

fuerzos el debido precio y preferirlos á mucha hojarasca indígena que sin provecho abruma las colecciones citadas (1). La literatura puerto-riqueña, ya bastante consi-

(1) Á continuación damos todos los nombres de poetas que figuran en las dos colecciones ya citadas.

En el *Nuevo Cancionero* de Rodríguez:

Muertos: Jenaro Aranzamendi.—Manuel Alonso.—Alejandrina Benítez y de Arce de Gautier.—Manuel Corchado.—José J. Dávila.—José Gautier y Benítez.—José María Monje.—F. M. de Rodríguez.—Francisco Pastrana.—Manuel Soler y Martorell.—Alejandro Tapia y Rivera.—Francisco Vassallo.

Vivos: Juan Francisco Comas.—José Antonio Daubon.—Ramón Marín.—José G. Padilla.—Manuel Padilla.—Manuel M. Sama.—Rafael del Valle y Rodríguez.

En los *Poetas Puerto-Riqueños*:

Muertos: Alvarez.—Aranzamendi.—Alejandrina Benítez.—Úrsula Cardona de Quiñones (*Angélica*).—Manuel Corchado.—José Jacinto Dávila.—Eleuterio Derkes.—José R. Freyre y Rivas.—Gautier Benítez.—J. Pastrana.—Domingo M. Quijano.—M. Soler y Martorell.—Tapia y Rivera.—F. Vassallo.—Santiago Vidarte.

Vivos: Francisco J. Amy.—J. B. Balseiro.—Salvador Brau.—Cayetano Coll y Toste.—José Coll y Britapaja.—Antonio Cortón.—José A. Daubon.—J. J. Domínguez.—Manuel Dueño Colón.—Ramón Marín.—Fidela Matheu de Rodríguez.—José G. Padilla.—Manuel Padilla Dávila.—José Ramón Rodríguez Mac-Carthy.—Lola Rodríguez de Tió.—Manuel María Sama.—Bonocio Tió Segarra.—Rafael del Valle.—Manuel Zeno Gandía.

De estos poetas sólo han publicado colecciones D. Eleuterio Derkes (Puerto Rico, imp. del Comercio, 1871), autor también de un drama en cuatro actos y en prosa, *Ernesto Lefevre ó el triunfo del talento*, representado en Guayamo, 1871; Lola Rodríguez de Tió (*Mis Cantares*, Mayagüez, 1876; *Claros y Nieblas*, Mayagüez, 1885); D. José J. Domínguez, con el seudónimo de *Gerardo Alcides* (Mayagüez, 1879), y posteriormente un cuaderno de *Odas Elegiacas* (Mayagüez, 1883); D. F. J. Amy (*Ecos y Notas*, Ponce, 1884; libro que contiene estimables traducciones de Bryant, Longfellow, Whittier, Leigh Hunt, Stedman y otros poetas anglo-americanos, y también versos castellanos traducidos al inglés, entre ellos *La Madrugada*, de Milánés); D. Rafael del Valle (Arecibo, 1884).

Con el título de *Notas Perdidas* existe también una colección especial de poetas arecibeños, publicada en 1879.

Para la redacción de este capítulo hemos tenido presentes, además de las colecciones impresas, una manuscrita remitida á la Academia Española por

derable en cantidad, dada la pequeña extensión de la isla, es de las que más necesitan expurgo y disciplina. Allí, como en el resto de América, se escriben demasiados versos, y los poetas se encuentran por docenas. Hasta pueblos secundarios como la villa de Arecibo, que apenas habrá sonado en los oídos de ningún lector europeo, poseen antologías especiales de sus ingenios. En todo esto tiene que haber mucha maleza, que sólo la crítica local y de todos los días puede ir arrancando con mano fuerte. El país que, á la hora presente, se honra con la delicada y castiza inspiración de la autora de *La vuelta del pastor*, y cuenta con un conoedor é intérprete de la literatura inglesa tan digno de aprecio como Amy, tiene ya derecho á ser juzgado por lo que realmente vale, y á ocupar en la literatura americana el lugar modesto sin duda, pero no despreciable, que hasta ahora con evidente injusticia se le ha negado en todas las colecciones generales formadas en las demás regiones del Nuevo Mundo. Pero si se ha de evitar que las apariencias engañen, conviene que la crítica (que tiene ya un órgano autorizado en la *Revista Puerto-Riqueña* sostenida con loable constancia durante siete años), sea inexorable en la aplicación de las reglas del buen gusto, y no ceda con excesiva facilidad ni al engrimiento local, que sería prematuro, ni á las avasalladoras corrientes de la novísima literatura francesa, que al quitar carácter español á las nacientes literaturas de

la comisión literaria nombrada por el Capitán general Gobernador de la isla.

Debo también preciosos datos á la diligencia de mi antiguo amigo y constante favorecedor, el elegante poeta venezolano D. Miguel Sánchez Pesquera, que reside años hace en Puerto Rico con un cargo de magistratura.

América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

VII.

VENEZUELA.

La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más varias, interesantes y novelescas que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á despecho de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezclada: de

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía las provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Bar-

los ochocientos mil habitantes que próximamente se calculaban á principios de este siglo, según testimonio de Humboldt y Bonpland, había más de 120.000 indios, diez mil de ellos no reducidos á vida civilizada, más de sesenta mil negros, más de cuatrocientos mil mestizos y mulatos, y sólo unos 212.000 individuos de raza blanca, entre criollos y españoles. Con elementos tan heterogéneos y abigarrados, sin ningún centro de alta cultura que recordase los emporios de México y Lima, sin universidad y sin imprenta hasta muy entrado el siglo XVIII, la historia literaria no puede ofrecernos más que páginas en blanco. Y sin embargo, ya entre los conquistadores hubo quien diese culto á las musas; y Juan de Castellanos, que dedicó la mitad de sus elegías á sucesos y personajes de lo que hoy es jurisdicción de Venezuela, recogiendo innumerables datos biográficos sobre los primeros colonos, encontró en la isla Margarita nada menos que cuatro poetas, y músicos también según parece:

Con cuyo son las damas y galanes
Encienden más sus pechos en amores....
.....
Allí también dulcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos concertos lleva manso viento
Á los puntos oídos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento

quisimeto y Carabobo), Cumaná (incluyendo la de Barcelona), Guayana, Maracaibo (y con ella Mérida y Trujillo), Barinas y Apure, la isla de Margarita, y la de Trinidad hasta que en 1797 cayó en poder de los ingleses. Sus límites, como se ve, eran inmensamente mayores que los de la primitiva gobernación ó provincia de Venezuela, que según la cédula de asiento de Carlos V con los Welsers en 1528, comprendía sólo desde el Cabo de la Vela hasta el de Macarapana, por la costa, y por el interior hasta el río Casanare.